

## campo del cielo

Fernando Castro Flórez

El arte es, necesariamente enigmático. La materia “última” de las obras artísticas no es otra que la *obsesión* y nuestra lectura “sintomatológica” proviene de aquella sugerencia de Aby Warburg de que las pasiones estéticas están entre los “astra” y los “monstra”. Mikha-ez lleva dos años especulando con un meteorito que, en esta exposición, despliega su trayectoria de diversas maneras. Fotografías del objeto que viene de fuera de nuestro planeta colocadas por encima de nuestro alcance, una alfombra que da cuenta del “impacto” y, al mismo tiempo, sirve como comfortable fundamento para la convivencia, replicas tridimensionales del meteorito que juegan conceptualmente con aquellas tres sillas de Kosuth que subrayaban la importancia que tiene el replanteamiento de la noción de la “obra de arte”, equilibrios instalativos que hacen visible el peso y la densidad de *la cosa*, un vídeo que tiene algo de modesta ventana que nos hipnotiza y un manual de instrucciones para hacer que el viaje continúe. En cierta medida, esta investigación creativa retoma aquella idea de Theodor W. Adorno de que las obras de arte son “mensajes en la botella” que están esperando a alguien que algún día lea el testimonio del naufrago.

El diálogo que Mikha-ez ha sostenido con el meteorito tiene tanto de investigación física cuanto de especulación “metafísica”. Tenemos que recordar que Aristóteles mantenía que los meteoritos brillantes eran ocasionados por objetos que viajaban a gran velocidad por la atmósfera. Esos resplandores en el cielo eran “anomalías” que ponían en cuestión el paradigma cosmológico, atravesando las esferas celestes. Como un delincuente, furtivo y rápido, el meteorito pone en peligro nuestras certezas e incluso puede impactar sobre nuestra cabeza. Mikha-ez está muy apartado del “imaginario apocalíptico”, su pequeño meteorito no puede provocar el Armagedón aunque, en su juego de escalas, ha ocupado, literalmente, todo el tiempo y el espacio de este tenaz investigador. Podría parecer que *Campo del Cielo* ha terminado por ser casi una peculiar “extracción de la piedra de la locura”, un fascinante delirio poético en el que se ha buscado “otra luminosidad” o incluso alegorizar la obra de arte como aquello que, sometido a la *presión de choque* de nuestra atmósfera, no se desintegra. Si la respuesta al enigma de la Esfinge no era otra que “el hombre”, el impacto del meteorito ha generado una fabulosa inquietud estética que nos permite sostener, con W. J. T. Mitchell, que “lo que quieren las imágenes” es, literalmente, nada y, valga la paradoja, también *compañía* por muy solos que podamos estar. Tengan, por tanto, cuidado al recorrer este espacio porque *algo* puede caer del cielo.